

nen pensamientos propios, y que en aquel tiempo no querían ser imitadores, como por ejemplo, Petrarca.»

Los escritos latinos de Petrarca se dividen en cuatro grupos: poesías, obras históricas, disertaciones filosóficas y polémicas.

Petrarca ensalza la poesía, y muy al revés de aquellos que llamaban a los poetas gente embustera, los equiparaba a los profetas, y decía que tenían como estas visiones maravillosas. Quiere que los poetas renuncien a toda vanidad y futilidad, y que busquen la verdad, sin perjuicio de ocultarla, como entonces era costumbre, bajo un ropaje alegórico, diciendo: «La realidad ha de cubrirse artísticamente con colores agradables, á saber: con una ficción graciosa, que baste quitar para hacer resplandecer la verdad, ficción que produce tanto mayor efecto cuanto mas trabajo ha costado inventarla.»

Para los poetas que llenan estas condiciones pide Petrarca la recompensa mas alta, la corona de laurel. Esta le fué ofrecida por dos ciudades capitales, Paris y Roma, y segun él mismo dice, en un mismo dia; y aunque añade que titubeó por cuál había de decidirse, no es de creer que vacilara un instante, porque Roma le atraía como un poderoso iman. Como dudara todavía, por modestia verdadera ó fingida, de si era digno de tan gran distincion, quiso antes de marchar á Roma someterse á un exámen, que se verificó en la corte del rey Roberto de Nápoles; y habiendo salido bien de la prueba se dirigió á la capital del mundo cristiano, donde se celebró el acto de la coronacion el 8 de abril de 1341 en el Capitolio, entre los aplausos de una inmensa multitud y de los amigos entusiastas del poeta. La funcion principió con un discurso, que hasta hace muy poco no se conocía, pronunciado por Petrarca, y en el cual, tomando por base un verso de Virgilio, eslabonando hábil y piadosamente las letras gentílicas antiguas con las cristianas modernas, se exployó sobre la mision difícil del poeta, los obstáculos que él había tenido que vencer, el valor que le inspiró el recuerdo del tiempo pasado y el amor patrio, pasando luego á indicar la importancia y mision elevada de la poesía, y la significacion y gran honor de la coronacion del poeta. Concluido este discurso se efectuó la ceremonia, seguida de otros discursos laudatorios que pronunciaron en honor del vate coronado Orso de Anquillara y Estéban Colonna. Despues fueron todos en procesion á la iglesia de San Pedro, donde el poeta depositó las coronas, y la fiesta concluyó con un banquete en el palacio Colonna.

«La coronacion de Petrarca en el Capitolio, dice Gregorovius (1), abrió en realidad un nuevo período de la civilizacion. En medio de los crímenes que acompañaban á las contiendas de los partidos, en el melancólico abandono en que yacia Roma, se destaca este dia glorioso del poeta inundado por la luz mas pura de la humanidad. Desde el Capitolio recordó el vate al mundo, hundido en odios y supersticiones, que el trabajo intelectual había de ser su salvador, su obligacion constante y necesaria, su mision mas elevada, su triunfo mas bello.»

Sobre el genio, ideas y vida material de Petrarca no ejerció la coronacion ningun efecto duradero, y si la confesion de sus pecados y defectos no le hizo mejor ni mas independiente, tampoco la ovacion que recibió de los hombres emi-

(1) Autor alemán que nació en 1821 y ha publicado un gran número de obras sobre la Italia, siendo la mas voluminosa su *Historia de la ciudad de Roma en la Edad media*, de la cual se ha publicado la 2.^a edición en 8 tomos en Stuttgart. Esta obra ha parecido tan notable al ayuntamiento de la ciudad eterna, que ha dispuesto su traduccion al italiano con el título: *Storia della città di Roma nel medio evo*, de la cual se han publicado, en 1874, cinco tomos en Venecia.

(N. del T.)

nentes de su país le inspiró mas estimacion verdadera de si mismo ni le procuró mayor felicidad. Como antes, se vió blanco de la envidia de sus contemporáneos, y como antes, vivió oscilando entre la exageracion propia y la duda respecto del mérito de su estro poético.

Las poesías latinas (porque otras no daban derecho á la corona de laurel) que valieron á Petrarca el honor de la coronacion, fueron sus cartas poéticas, su poema pastoril y el poema épico *Africa*.

De estas obras, constituyen la parte mas notable las 77 cartas poéticas, que pueden servir de comentario á la vida y carácter de Petrarca, porque tratan casos y sucesos, con las observaciones y consideraciones del poeta, de sus amigos y colegas, que merecen sus alabanzas ó críticas, y de Italia y de sus príncipes, á quienes el laureado ensalza. Fuera de los sucesos exteriores, que influyeron en la vida del poeta ó de otras personas, ocupa en estas cartas un lugar preferente el arte poética. Critica y niega el título de poeta á cuantos no eran dignos de él por un concepto ú otro, por grandes que fuesen sus demás méritos, por elevada que fuese su posicion social y por mucho que el mismo Petrarca los respetara y aun mirara con veneracion, como Nicolás de Rienzi y Ciceron. Distingua también entre el arte poética y el de la rima. La corrupcion en la literatura y el estado político confuso de su país, ofuscan las ideas del poeta, que horrorizado de lo que ve, desea en vano haber nacido en otra época mejor.

Deseos, esperanzas, intenciones y temores análogos se encuentran en su poesía pastoril ó bucólica, que tuvo tan entusiastas admiradores que uno aprendió de memoria, en once dias, las doce églogas de que consta. Han cambiado los tiempos y los gustos, y hoy pocos aplausos se granjearia esta poesía. Lo que entonces aumentaba el mérito lo disminuye hoy, á saber, la forma pastoril y las alusiones que contiene. No nos repugna hoy profundizar una obra poética para descubrir la enseñanza y las verdades que oculta, pero condenamos la acumulacion de dificultades que dificultan á cada paso su inteligencia, bien que su resolucion sea un motivo de satisfaccion para el lector. Pero lo que en la poesía bucólica de Petrarca se comunican los pastores, de los cuales uno suele ser el autor y los otros ora el rey de Francia, el de Inglaterra ó el Papa, ora la Iglesia católica, el cardenal Colonna, Nicolás de Rienzi ú otros personajes, es tan oscuro y está tan vagamente indicado, que los mismos contemporáneos del poeta pedían una explicacion, y que nosotros, aun con el auxilio de las cartas del autor, de las explicaciones muy detalladas de sus admiradores coetáneos y de los trabajos de pacientes investigadores modernos, no llegamos á acertar su sentido sino en parte. El fondo de esta obra es político y moral, general y personal; trata del asesinato del rey Andrés de Nápoles y de la lucha para llegar á ser virtuoso y perfecto; las contiendas entre la Francia y la Inglaterra, y las disensiones entre Petrarca y la familia Colonna, el amor y la amistad ocupan también su lugar, y estos sentimientos del autor son tan vigorosos que se conocen perfectamente al través de las alegorias en que los ha envuelto.

En el poema épico titulado *Africa*, el amor inspiró á Petrarca uno de los trozos mas bellos, á saber, la descripcion de los dos amantes Masinisa y Sofonisba. Los términos con que pinta la hermosura de la princesa nómida tienen marcada analogía con los que usa el mismo autor en sus sonetos que de amor mas ardiente rebosan.

En este mismo poema épico ocupa también un puesto el amor patrio. Al relatar la campaña de Escipion en Africa contra Cartago, habla de las glorias de la Roma antigua antes de la era de los Escipiones y despues de las guerras púnicas,

cuando Roma, á la cual el poeta considera su patria verdadera, entró en el período grandioso del dominio del mundo. Estos sentimientos patrióticos y el amor solo figuran en los episodios, porque el poema es, en el fondo, narrativo, bien que esta parte principal, con sus discursos interminables y sus innumerables digresiones, interesa poco, no por la materia que trata, que no puede ser mas adecuada á un poema heróico, sino por la manera de tratarla. Así la grandísima fama que adquirió Petrarca con esta obra solo se explica por la nombradía de que gozaba y por el consiguiente entusiasmo ciego de sus admiradores. Entre estos, sin embargo, figuraban también personas como Colluccio Salutato y Boccaccio, y por supuesto el mismo autor, que por cierto no fué el último apologista de su propia obra, pero que mas tarde, vuelto á mejor acuerdo, la desaprobó de tal suerte que no permitió su publicacion, y riñó con un amigo porque había cometido la indiscrecion de publicar algunos versos de ella. Petrarca, por lo demás, nunca la concluyó, y hasta trató, finalmente, de destruirla del todo.

Este poema, mezcla de narracion histórica y de motivos inventados por el poeta, forma la transicion de sus obras poéticas á las meramente históricas, en las cuales se presenta como simple narrador de sucesos pasados, incluyendo alguna que otra vez una observacion crítica, sin ningun rasgo poético, y permitiéndose, á lo mas, alguna digresion referente á su persona ó á sus contemporáneos. Decimos que también es crítico, porque prueba con razones internas y externas, hábilmente desarrolladas, que era una superchería suponer la supremacia austriaca ó sea del sacro imperio germano-romano, derivada de ciertas disposiciones dadas por César y Nerón, y porque dice que está reñido con la historia el hecho de que Eneas y Dido fuesen contemporáneos, como supone Virgilio en su Eneida.

También es narrador característico de su época, porque refiere rasgos de contemporáneos suyos, como de Dante y del rey Roberto de Nápoles en su «Coleccion de Cosas Notables» (*De rebus memorandis*), obra grande, pero no concluida, y destinada á ser un cuadro de todas las acciones humanas, bajo la forma de sentencias y dichos, y de relaciones de sucesos raros de la vida de hombres eminentes. En esta obra mostró Petrarca sus vastos conocimientos y su sagacidad y buen acierto para utilizar los historiadores latinos, de modo que todavía hoy se trabaja en descubrir las fuentes de donde sacó sus noticias. Esta coleccion venia á ser, para la gente lega, un recurso útil para suplir su ignorancia del latin, y para los que lo poseían, un prontuario cómodo de lo que habían leído. Entre las noticias dadas se encuentran, en esta obra, muchos pasajes que recuerdan la aficion del autor á hablar de su persona y otros que dan prueba de su despreocupacion, notable si se atiende al tiempo en que vivía. Entre los primeros merece una mencion particular el ejemplo de su vida que cita para probar que es trabajo perdido querer ir en contra de la naturaleza; en cuyo apoyo cuenta que para cumplir con el deseo de sus padres había estudiado durante cierto tiempo la jurisprudencia, pero que no obstante su obediencia filial, tuvo que obedecer al fin á la naturaleza dedicándose á las humanidades. Su despreocupacion queda probada con su lucha contra las supersticiones que hacen creer en milagros, augurios, presentimientos y señales de cosas que han de suceder, de los cuales no cree ninguno por bien probados que estén. Sin embargo, de los oráculos de los antiguos no se burla ni se atreve á impugnarlos, probablemente por el respeto y veneracion que le inspiró el mundo antiguo, al cual, por lo demás, se refiere la mayor parte del libro, que concede muy poco espacio á personas modernas. El texto original latino fué publicado por

primera vez pocos años hace, pero hace mucho tiempo que se conocía la traduccion italiana. Contiene, en total, 31 biografías de hombres célebres, ó mejor dicho, de romanos célebres, porque solo dos biografías, la de Aníbal y Alejandro de Macedonia, se refieren á extranjeros. La biografía del último, tan distante por el tiempo y el teatro de su accion de los demás personajes de que trata el autor, se disculpa indirectamente en la obra haciendo que le siga inmediatamente la biografía de Papirio Cursor, que en opinion de Petrarca habría sido el mejor maestro de Alejandro Magno si este hubiese querido ir á Italia, conforme se pensó, segun cuentan. No forma el poeta entre los admiradores del gran Alejandro, y muy al contrario, critica á los autores que le presentan como modelo de grandeza, le llaman dueño del mundo, y adversario digno de los guerreros romanos, siendo así que ni contó entre sus dominios á Roma, «que á la sazón empezaba á florecer, ni á Alemania ni otros países;» que sus hazañas fueron mas repetidas que notables por la valentía de Alejandro, y que uno de sus deudos, que guerreó contra los brucios y lucanos solamente, sin poderlos vencer, había dicho que estos eran hombres pero que Alejandro solo había tenido que vencer á gente afeminada.

La mencion de Aníbal en la obra era, en opinion de Petrarca, necesaria por su estrecha relacion con la época mas gloriosa del imperio, que era segun él la segunda guerra púnica. Por eso se complace, especialmente, en ilustrar este período con abundantes noticias referentes á las batallas que en él se libraron. Mucho contrasta con esta amplitud la mezquindad de las noticias que se relacionan con la época de las guerras civiles. De Sila no dice nada, pero en cambio se exploya acerca de César con una prolijidad que no está en armonía con el resto de la obra, y eso que esta parte no ofrece cabalmente ningun mérito bajo el punto de vista histórico, porque casi todos los datos son sacados de Suetonio. Lo que la hace interesante no son los conceptos críticos, sino la viveza de la narracion, los muchos testimonios que aduce, la aprobacion y hasta la admiracion que le merece César, y finalmente, la violencia con que Petrarca ataca en esta parte la supersticion que creía en la significacion de los ensueños y en el valor de los juicios astrológicos. En la introduccion de esta obra ya dice que no se propone en ella conciliar los juicios encontrados de los diferentes historiadores, sino que quiere imitar á los que se aproximan mas á la verdad y por esto gozan mas autoridad. Añade que no es su intencion referirlo todo, sino solamente presentar ejemplos notables de virtud ó de vicio. El verdadero objeto de Petrarca era, pues, escribir una obra instructiva para excitar con grandes ejemplos históricos y patrios á sus conciudadanos á imitar á sus antecesores en sabiduría, virtud, patriotismo, pureza y valor.

Los escritos filosóficos de Petrarca se eslabonan con los históricos; y aunque á primera vista esto parezca singular, el caso es que con los últimos quiso asentar ciertos principios cuya exactitud se esfuerza en probar con ejemplos en los primeros. Entre estas obras filosóficas, que por su poca extension y mérito nos limitamos á mencionar, se cuentan: *El Ocio de los Monjes (De ocio religiosorum)* y *La sabiduría verdadera (De vera sapientia)*. Las obras mas notables por uno y otro concepto son: *La vida solitaria (De vita solitaria)* y *Recursos en la buena y adversa fortuna (De remediis utriusque fortuna)*.

En *La vida solitaria* trabajó Petrarca desde 1346 hasta 1366, y en esta obra expuso y proclamó los principios que le guiaron toda su vida. Petrarca buscó la soledad, al principio, quizás por el deseo de distinguirse de los demás, pero despues por aficion verdadera, y la encontró á su gusto en la

aldea de Vacluse, á orillas del Sorgue, cuyo punto prefirió á los mas bellos de la tierra. Satisfecho de su retiro, quiso probar que la vida solitaria era indispensable para la felicidad del hombre, y escribió su libro, que empieza con una definición teórica de la vida solitaria, segun la cual, no debe impulsarse á ella el odio al género humano sino la convicción de que la soledad es necesaria para la formación y educación del carácter y del espíritu, educación que, á su vez, constituye el deber principal del hombre. Segun dice, solo para el sabio es dulce la soledad; para el ignorante es letal. La soledad no significa extrañamiento del comercio con nuestros semejantes, porque el solitario necesita y goza de la amistad. A esta teoría sigue su aplicación práctica con una «nube de testimonios» sacados de la antigüedad clásica, de la Edad media cristiana y del Antiguo y Nuevo Testamento.

Las digresiones que se permitió Petrarca en sus obras históricas, intercalando en las obras del tiempo pasado observaciones sobre sucesos y personas de su tiempo, tampoco escasean en sus obras filosóficas, y muchas veces en lugares muy impropios. Una de estas digresiones es un paralelo que hace entre los soberanos de su época y los de otras que le merecen la preferencia, porque dice: «Nuestros reyes pasan el tiempo solo en goces materiales y nuestros papas ambicionan solo riquezas.» Estas y otras alusiones, si van contra los papas, por lo general aluden al papa Clemente VI, que despreció á Roma y prefirió vivir en el extranjero. Las alusiones contra los reyes se suelen referir, mas que á otro alguno, á los de Alemania, que «armaban ejércitos de foragidos contra la Italia y enviaban sobre ella, desde sus nubes, lluvias de hierro.» En particular odia á Carlos IV, que «después de haber robado la corona (imperial) se retiró á Alemania, contentándose en las madrigueras de su país con el imperio nominal.» En estas salidas de tono se conoce al patriota, mientras en otras se presenta como cosmopolita, aconsejando que no se tenga demasiado cariño á la patria «cuando esta se muestra injusta con sus hijos,» y que no se «sacrifique la vida propia sino por la patria celestial.» (Tratado 2.º, libro 4.º)

Pensamientos análogos, cosmopolitas, ó mejor dicho, despreciadores del mundo terrenal, se encuentran también en la segunda obra principal: «*Recursos* en la buena y mala fortuna.» En dos diálogos de esta obra (II, 67 y 124) en que uno de los interlocutores y á la vez conciliador es como en toda la obra, la Razon (*ratio*), que tiene por impugnadores en la primera parte la Alegría y la Esperanza (*gaudium et spes*), y en la segunda parte el Dolor y el Miedo (*dolor et metus*), diserta el autor sobre el ostracismo y el amor patrio y dice que el destierro es siempre una cosa racional, porque si lo decreta un rey verdadero y legítimo no puede ser medida injusta, si lo impone un déspota usurpador, resulta ser un honor para la víctima, y si lo decreta el pueblo mudable, siempre excitado contra los ciudadanos buenos, ya no es destierro, sino una buena suerte que obliga al bueno á alejarse de los malos.

Entre otras ideas políticas son interesantes las que Petrarca emite sobre la nobleza de cuna: «Rara vez, dice, se parece el hijo de un hombre eminente á su padre;» y «el noble verdadero no nace tal, sino que se forma paso á paso en la vida.» También se encuentran esparcidos en esta obra datos literarios y otros referentes á la cultura del pueblo en su tiempo, como la observación (libro I, diálogo 32) de que los franceses son mejores cazadores que los italianos, y la que hace en el libro I, diálogo 42, cuando cuenta que un ciudadano distinguido había dicho que de buena gana pagaría una gran suma por impedir la entrada en su ciudad á los literatos. Estas observaciones son digresiones que nada tienen que ver con la esencia del libro, pero no dejan de ser acaso mas

interesantes que las conversaciones interminables que llenan la obra y que se refieren á las penas y alegrías de la vida, citándolas una á una y tratando de probar su razón ó sinrazón. Por supuesto, no hay que buscar en estas discusiones ni disposición lógica, ni un razonamiento profundo; la Razon, que ya dijimos es uno de los interlocutores, obtiene siempre sin grandes esfuerzos el triunfo de su opinión, que consiste en mirar como puramente imaginarias las alegrías y las penas del hombre; y los demás interlocutores, ya sean la Alegría y el Dolor, ya la Esperanza y el Miedo, se rinden luego á la Razon.

Esta obra obtuvo grandísimo éxito y fama, quizás mas que ninguna otra de las que Petrarca escribió en latín, pero ciertamente no por la novedad de los pensamientos brillantes que contuviera, sino, muy al contrario, por su moral universal y comun, al alcance de todos.

Mas original es Petrarca en sus polémicas, en las cuales á menudo es el primero que ve el mal y llama la atención sobre él y sobre la urgencia de remediarlo. Entrar en polémicas sobre ideas y horizontes nuevos, especialmente en los tiempos en que estas ideas pugnan por conquistar legitimidad, es cosa por lo comun peligrosa, sin contar que el genio guerrero del polemista suele impulsarle á exagerar los males verdaderos y á inventar otros, que solo ve su fantasía. Así sucedió á Petrarca en su polémica contra los averroistas de Venecia, de los cuales hablaremos mas adelante, pues parece fuera de duda que en este caso exageró considerablemente el mal. Donde anduvo mas acertado fué en su lucha contra los juristas, médicos y astrólogos.

Para Petrarca, como para muchos humanistas, la jurisprudencia es una desgracia, primero porque su pura escuela formalista se opone á la corriente ideal de los pensadores; en segundo lugar, porque las normas rígidas de las leyes están reñidas no raras veces con el sentimiento del derecho, y últimamente porque los jurisperitos usan un lenguaje anticlásico y bárbaro que ofende los oídos acostumbrados al de los autores clásicos. Muchos, además de Petrarca, odiaban también la jurisprudencia por motivos personales, porque su estudio les había sido impuesto á la fuerza, porque entonces como hoy, era esta carrera una de las que los padres obligaban á seguir á sus hijos por la fuerza, cuando no bastaba la persuasión, porque daba pan; mientras los jóvenes humanistas preferían los estudios literarios y de los autores antiguos. De ahí las invectivas contra la carrera de las leyes. Esto había sucedido á Petrarca, si bien él se limitó á hacer constar que su índole no se avenía con la carrera del derecho, que las ideas de lo justo y de lo injusto variaban hasta lo infinito, y que era de consiguiente facilísimo extraviarse en este terreno. No fué hasta el extremo de declarar irracionales é injustas las leyes en general, ni de calificar á los juristas de necios, pero no tenía buen concepto de ellos, y decía con razón que las mejores leyes mal manejadas é interpretadas, convertían un bien real y existente en una desgracia.

Con mayor animosidad todavía combatió Petrarca á los médicos, á quienes no llamaba nunca cuando se encontraba enfermo, y aconsejó á sus amigos que siguieran su ejemplo; pero si odiaba á los médicos, no era por una aversión vaga sino después de muchas observaciones y de un maduro examen que le convencieron de que los médicos no daban á la fuerza curativa de la naturaleza la importancia que merecía; que trataban á todos los enfermos de la misma manera sin atender á las diferencias de temperamento y de carácter de cada uno; que por vanidad y petulancia despreciaban la ciencia de los antiguos, y que creían poder devolver á los enfermos con recetas y medios artificiales la salud, que solo se conserva y recobra con la sobriedad y frugalidad. No fueron

la ciencia médica ni la del derecho las que negó Petrarca; lo que negó fué que médicos y juristas tuviesen verdadero conocimiento de sus respectivas ciencias. Era demasiado vivo y estaba demasiado convencido de los daños que causaban unos y otros para contentarse con tener las ideas indicadas y manifestarlas en el seno de la amistad; y por eso hizo una verdadera propaganda en favor de ellas y contra los médicos. Sin embargo, en este odio, como en el que tenía á los hombres del foro, entraba por algo la pasión personal, porque si odiaba la carrera de leyes, porque la había tenido que estudiar durante algun tiempo á la fuerza, odiaba también á los médicos, porque en general despreciaban los estudios de humanidades y prevenían á los grandes personajes á quienes asistían, contra los poetas, calificándolos de falsos profetas. Esto resalta claramente de su escrito contra uno de estos médicos, enemigos de los poetas, y que lleva el título *Invectivarum libri quatuor contra medicum oburgentem*. Esta obra es mas una defensa de la poesía y una polémica sobre ciertas diferencias personales que un ataque á la medicina, aun cuando la causa de la controversia y del escrito fueron la enfermedad del papa Clemente VI, y una carta que á este había escrito Petrarca repitiendo sus consejos, dados ya verbalmente, contra los médicos. Véase un trozo de esta carta que pinta muy bien el concepto que Petrarca tenía de los maestros del arte de curar: «El temor que sentimos los que te veneramos, á causa de tu enfermedad, es motivado principalmente por la multitud de médicos que rodean tu lecho, porque nunca están de acuerdo, y cada uno, sin saber mas que sus colegas, quiere, sin embargo, decir algo nuevo; y nosotros, creyendo erróneamente curar mas pronto, admitimos el consejo nuevo sin acordarnos de que los médicos para aprender necesitan pacientes y que no consideran acción punible causar la muerte de un individuo. Estos pretendidos salvadores nuestros son nuestros enemigos, y mucha razón tuvo aquel que hizo grabar en la tumba de su padre estas palabras: «Los muchos médicos son la causa de mi desgracia.» Por esto, despierte á los muchos médicos que te rodean, destierra, sobre todo, de tu presencia á los palabreros y escoge solo uno, el que mas ciencia y lealtad reuna, á fin de que te cure.»

Los médicos modernos, que deben su título á estudios científicos, se reirán de los consejos de Petrarca si ignoran que casi todos sus colegas de aquel tiempo eran astrólogos y pedían consejo á las constelaciones; y como Petrarca miraba la astrología como una superstición, tenía derecho á considerar á los médicos como necios ó malvados. El haber conocido esto y haber tenido el valor de proclamarlo públicamente cuando era peligroso ó por lo menos expuesto á que le llamaran ignorante por burlarse de la astrología, es uno de los mas brillantes timbres de gloria de Petrarca. Tenía á su favor á Ciceron y San Agustín, sus maestros, que mucho antes que él habían calificado la astrología de superchería; pero hasta él nadie se había atrevido á arrojar á la faz de los falsos profetas estas palabras: «La muerte es cierta, pero inciertos el cómo, el cuándo y el dónde nos alcanzará; el destino del hombre está envuelto en tinieblas impenetrables. ¿Qué pretenden, pues, estos agoreros? ¿Para qué trabajan tanto los astrólogos? ¿A qué esta curiosidad tan inútil como laboriosa? ¡Dejad, necios, recorrer los astros sus órbitas! Sea cualquiera su influencia, lo cierto es que para nosotros son misterios, pero también lo es que proclamamos á voces la falsedad de vuestros asertos... Jugais con nombres, con Marte y Venus, con Júpiter y Saturno; colocais en el cielo personajes que habitan el infierno, como condenados que son, y quereis que sean nuestra salvación. Nosotros no queremos someternos á las legiones celestes que

serven á Dios, sino que queremos servir á Dios mismo también; en Él confiamos, en Él creemos, por Él juramos y solo á Él obedecemos, Él que nos ha creado y que para crearnos y gobernarnos no necesitó ni del cielo, ni del sol, ni de las estrellas, ni necesita nuestra cooperación para arreglar el curso de los astros.»

Petrarca vivía para la ciencia; su espíritu vivía mas en la antigüedad que en su propia época; por eso no era hombre apto para la política, pues esta requiere genios que á cada instante sepan ponerse al corriente de las ideas y sucesos, que se precipitan y se empujan rápidamente. Es inútil buscar en sus escritos un sistema político ni principios generales bien razonados, ni siquiera opiniones fijas sobre puntos determinados. En sus polémicas se deja dominar por el sentimiento aun contra su convicción científica, y lo mismo le sucede tratándose de principios políticos; republicano, encuéntrase muy bien en una monarquía; partidario fanático de la soledad, vive perfectamente á su gusto en la corte de príncipes donde no cabe la gente. Estas contradicciones no autorizan, sin embargo, á acusar á Petrarca de versátil ó de cosa peor. Antes de formar juicio es necesario conocer su carrera política.

Petrarca estuvo al servicio de dos príncipes, Azon de Corregio y Juan Visconti, arzobispo de Milan. Los discursos que pronunció y las cartas que escribió durante su servicio, han de considerarse mas como composiciones retóricas y epistolares que como documentos diplomáticos; y si emprendió viajes por cuenta de estos príncipes, fué en calidad de acompañante del diplomático encargado de la misión, y al cual había de dar realce Petrarca con su presencia; es decir, que hacia el papel de una mesa de lujo cubierta de objetos preciosos al lado de un bufete de escritorio. También se hizo negociador de paz por impulso propio y obedeciendo á instigaciones de otros, entre Génova y Venecia; y cuando estas dos potencias se dieron la mano, victoriosa la una y exhausta la otra, creyó Petrarca que él lo había conseguido con su negociación.

Todos estos trabajos no pueden llamarse propiamente políticos; objeto político ideal é irrealizable pero grande, fué su constante afán de elevar á Roma á grandísima altura y consolidar su nueva grandeza para siempre. Para esto le era preciso ganar la cooperación decidida de tres factores en cuyas manos estaba el poder de realizar la idea de restituir á la ciudad de Roma su grandeza perdida; en primer lugar los papas, que eran desde siglos los dueños verdaderos de la ciudad, aunque poco propicios á la idea nacional; en segundo lugar el pueblo romano, tan vanidoso de la herencia honorífica de la Roma antigua, pero poco idóneo para hacerla valer, y en tercer lugar los emperadores de Alemania y sucesores titulares del imperio romano, pero que tenían tan poco de los antiguos césares como los romanos modernos de los antiguos emperadores, que estaban muy distantes de pretender el restablecimiento del imperio romano, y que aun queriéndolo no habrían podido restablecerlo por falta de medios.

Vamos ahora á examinar estos tres factores. Pocos años después de haber nacido Petrarca, el papa Clemente V había trasladado la corte pontificia de Roma á Aviñon, en 1309 (Petrarca nació en 20 de julio de 1304), y en 1378, es decir, pocos años después de la muerte del vate, ocurrida en 18 de julio de 1374, el papa Urbano II volvió á trasladar la residencia papal á Roma. Ambas traslaciones tuvieron motivos políticos con los cuales nunca tuvo que ver Petrarca, por mas que trabajó mucho en favor del regreso á Roma, pero, ¿quién podrá decir el efecto que puede producir una voz robusta y patriótica en un momento dado?